

Este archivo contiene un capítulo del libro de
Jose Ramón Gómez Fouz, *Clandestinos*
con un prólogo de José Ignacio Gracia Noriega
Pentalfa Ediciones (Biblioteca Asturianista), Oviedo 1999
IISBN 84-7848-499-X <http://www.helicon.es>
© 1999 Pentalfa Ediciones (Grupo Helicón S.A.)
DISTRIBUCION GRATUITA * PROHIBIDA SU VENTA

Capítulo 15

La transformación de Julio Gallardo y la marcha de Claudio Ramos

El gran líder clandestino que había sido Julio Gallardo Alba, *El Moreno*, sufrió en la cárcel una auténtica metamorfosis, quizá tras el trato de favor que, por haber salido en defensa de un funcionario de prisiones, le dieron; facilidades que hicieron rápidos efectos. Coincidió en la cárcel de Carabanchel, de paso para la de Palencia, con Ángel León, y a éste le dijeron:

—Te vamos a presentar a un gran amigo tuyo, al que los funcionarios estamos muy agradecidos.

Se referían a Gallardo. Luego en la cárcel de Palencia recibió permiso para salir a trabajar durante un día. Allí coincidió con Gerardo Iglesias y le dijo a propósito de Ángel León:

—A ese viejo, en cuanto salgamos, le apartamos del Partido.

Gerardo naturalmente se lo contó a Ángel León. Este se decepcionó pero nada dijo.

A pesar de que los presos políticos habían conseguido muchos privilegios, los comunistas querían seguir presionando, pero Gallardo contestó que no merecía la pena. Ángel León se daba cuenta que a Gallardo le empezaban a pesar tantos años de lucha. Se lo comentó a Horacio cuando coincidieron en la cárcel, pero el Paisano le tenía aprecio a Gallardo y al principio no quiso hacer caso a la advertencia de Ángel León. Sin embargo un día se le acercó y le dijo:

—Creo que tienes razón, ése empieza a cansarse.

Ya cuando fue condenado se sospechó de él, puesto que con sus antecedentes todos pensaron que la pena iba a ser muy su-

perior. Eran sospechas infundadas: Julio Gallardo cambió en la cárcel, y sobre todo en cuanto salió en 1974, cuando empezó a tener divergencias con los nuevos dirigentes, como Herrero Merediz o Tini Areces. En realidad no quería responsabilidades, puesto que empezaba a pensar que si le detenían de nuevo podía ya salir de la cárcel de anciano (si el Régimen seguía). Tras varios enfrentamientos Julio Gallardo comenzó a tirar panfletos criticando a los dirigentes del Partido Comunista y firmando como «un veterano del Partido». En ellos arremetía contra la Dirección del Partido Comunista en el año 1974. En otros casos atacaba duramente a Gerardo Iglesias, al que le achacaba de estar mal de los nervios. Era cruel Gallardo, porque Gerardo Iglesias había sido operado de una hernia en Carabanchel por el doctor Piñeiro, que tenía fama de chapucero. No llegaba el anestesista, tenía a Gerardo atado de pies y manos, y miraba el reloj, en estas le dijo a una monja: «tráigame un calmante.» Gerardo fue prácticamente operado en vivo. Estando convaleciente le pidió a otro preso, un común ya veterano que hacía las veces de celador, que por favor le diera un calmante porque aquello era inhumano. El preso celador le contestó:

—*A los rojos no os doy nada.*

Gerardo empezó a tener temblores durante horas. Enfermó de ansiedad y a partir de aquel entonces nunca volvió a dormir bien. En varias ocasiones tuvo que ser tratado de esta enfermedad del sueño. Julio Gallardo vilmente explotaba este hecho para atacar a Gerardo Iglesias. En otros panfletos atacaba a los clubes culturales de los que decía:

—*Los clubes ya no son los lugares de cultura y adiestramiento y se han convertido en antros y esto no puede ser.*

En otros panfletos afirmaba: «Lola y María Castro Fonseca (ex-esposa del pequeño de los Mourenza) están liadas con Tini Areces y ahora son las que mandan en el Partido, haciendo lo que les viene en gana.» También al referirse a Casuco decía: «es un chulo y pendenciero que presume de haber puesto los cuernos a más de cuatro del Partido.»

«Los dirigentes están liados con las chicas de los militantes ¿a dónde va a ir el Partido con semejantes personajes?»

No era precisamente Gallardo la persona indicada para criticar estos chanchullos de sexo. En su época de clandestino estuvo escondido en La Felguera en casa de un matrimonio mayor,

con los que vivía una hija casada. El marido de ésta era un hombre habitualmente bebedor, y Gallardo sí que se «lió» con la hija del antiguo revolucionario, que en cuanto se enteró, afortunadamente para Gallardo, ya había tierra por medio, porque el padre de la adúltera estaba dispuesto a quitarle de la circulación. Era además un hombre que siempre había ayudado arriesgando mucho, el Partido intervino y convenció al agraviado padre, que poco a poco volvió a colaborar con la Dirección del Partido (exceptuando a Julio Gallardo).

Con todos estos antecedentes, Ángel León, que había sido responsable de organización cuando Gallardo era el líder del Partido, fue el encargado de presentar a Santiago Carrillo un expediente de Julio Gallardo, con la idea de expulsarlo del Partido. En principio Santiago Carrillo se negaba a firmar la expulsión de Julio Gallardo, decía que además de camarada era un amigo. También Gallardo envió una carta a Santiago Carrillo exponiéndole su posición:

«Querido Secretario: tengo que ser breve porque se me ha presentado con bastante premura de enviarte ésta en mano. Hace dos meses envié por correo una carta en la que en lo posible daba alguna explicación; la acompañaba un informe que he difundido entre los camaradas.

Ahora, con ésta, te envió los cuatro panfletos que hice circular entre los camaradas.

Estos panfletos contienen, evidentemente, una gran carga de agresividad contra el Comité Provincial, pero no faltan ni un ápice a la verdad. Por ello no necesito extenderme mucho. Si lo lees con atención verás en ellos más de lo que se dice.

No obstante considero imprescindible aclararte algunos extremos.

Uno de los jurados de empresa denunciados en la primera octavilla, además de cuñado mío, es un camarada que ha pasado por la deportación de 1962 y por la cárcel con el expediente de Manolo *Otones*. Durante el período de clandestinidad de Ángel León fijó su resistencia en su casa y más tarde en la de Horacio. Su casa fue también durante un par de años depósito de material. Los camaradas del comité provincial tenían con él buenas relaciones personales. Aunque no fuera más que en atención a su pasado ya era para poner una mano en el fuego antes de lanzar contra él una acusación pública. El método sucio con el que se abordó el problema de que mi cuñado sólo fue una cabeza de turco para hacerme salir del comité provincial, porque de otra forma no se hubiera tenido alguna aclaración aunque diera lugar a las rectificaciones. La contestación a mi exigencia de aclaraciones fue una segunda octavilla en la que ya aparecían los nombres de todos los jurados. Sobre este aspecto no me extiendo porque en los panfletos lo abordé con amplitud.

Los motivos de fricción que tenía con el comité provincial eran banales en apariencia. En principio al mes y medio de venir de la cárcel, cuando me recogieron, rechacé la propuesta de ir a vivir a Mieres. Alegué dos razones que me parecían de peso. Primera, que estando en la prisión de Palencia, a un paso de aquí, no se me había planteado nada, para que me trasladara desde allí. Habían esperado a que me asentara en Gijón, pagar dos meses de renta de casa por adelantado y uno de fianza para la agencia, y lo más grave, tenía los hijos ya en la escuela, el mayor matriculado en el instituto y no lo podía trasladar a Mieres, a no ser que perdiera un curso. En segundo lugar, no era cierto que sólo era la zona de Mieres la que estaba en crisis, Langreo y Gijón estaban aún en peores condiciones. Gerardo llevaba la zona y hacía unos meses que se había trasladado a Gijón. Más tarde me negué a instalarles un aparato de reproducción para toda la provincia. Expuse las razones con claridad. Yo no estaba dispuesto a ser un preso profesional. Todos debíamos asumir nuestras responsabilidades. Los aparatos de reproducción estaban en malas condiciones de seguridad porque eran unos cotorras indiscretos y los siete miembros del comité provincial pateaban las casas que no me dejaban embaucar por su indiscreción, que quien fuera a desempeñar esas funciones que montara el aparato. El resto de las discrepancias aparecen en los folletos. Evidentemente, critiqué las inhibiciones del comité provincial por las organizaciones de base. Como causa de su desesperación, la organización del Partido había quedado reducida a la charlatanería de los clubes. Describe con la manipulación de los cargos sindicales que nos lleva a perderles y con la exigencia de que dimitieran.

Sobre la octavilla contra Gerardo, te lo explicaba en la carta que te envié por correo. Estoy convencido que fue un mal paso, lo más erróneo fue no darle publicidad, porque la cerdería de Gerardo y Tini merecía algo más.

A mi primer informe contestaron con ese libelo publicado en *Verdad*, llamándome traidor al Partido y que estoy con los de Lister y Eduardo.

A sus embustes me he visto obligado a contestar en un segundo informe donde relato los hechos tal y como habían sucedido, dando nombres supuestos para que al menos los comités locales supieran el papel que cada uno había jugado. La respuesta ha sido una nueva oleada de calumnias, acusándome de que les he denunciado al dar los nombres de guerra que usan. El problema interno que les ha causado mi expulsión y sobre el artículo de *Verdad* intentan paliarlos con nuevos infundios. En lo que va de mes han movilizad los clubes a dos excursiones para discutir mi caso, con los que son del Partido y con los que no lo son. Cuanto más oposición encuentran a sus embustes, más calumnias lanzan. Están atizando un clima de provocación que ellos no se atreverán a realizar. Algunos están llegando al terreno de la acción. «Emilio» dio su versión en su tertulia habitual que se pinta como mesa democrática, y

dio mi nombre y apellido. Otro camarada entregó a la Policía mi primer informe y prometió enviarles por correo el segundo. Cuando le iban a cachear lo sacó del bolsillo y dio toda clase de explicaciones. No me extraña que todo sea intencionado para echarme la policía encima como autor de los panfletos. Y eso es grave. Y se publica a los cuatro vientos. Yo en el comité central, como no obtuve ninguna respuesta prefiero no inventarme lo que pensáis.

Si os equivocáis en vuestros juicios, peor para vosotros y para el Partido. Yo sigo siendo el mismo con mis virtudes y defectos y mi disposición combativa. Lamento que todo ello haya ocurrido. No obstante no estoy dispuesto a dejarme difamar impunemente. No pienso parar hasta invalidarlos políticamente por sus embustes, sus trapisondas, por su holgazanería profesional como respuesta a sus habladerías de club. Yo llevaré el problema al movimiento obrero, no se conformaron con la separación y para justificarla recurrieron a la calumnia y van a pagarlo como merecen. No se me escapa que aunque los apaleados personalmente sean los componentes del comité provincial, quien sufre las consecuencias es el Partido, en su prestigio, porque en sus efectivos difícilmente aquí pueda ir a menos. Lo que no se me puede pedir es que yo haga el papel de Cristo, poniendo la otra mejilla.

Me doy por expulsado, hasta que todos podamos hablar a las masas con entera libertad. Así iré enviando los próximos folletos que ponga en circulación, y repito, yo sigo siendo el mismo, pese que con ello contrarío a los granujas que desean lo contrario.

Saludos.»

Antes de que fuera expulsado Gallardo habían detenido nuevamente a Gerardo Iglesias en la calle La Vizcaína en Gijón. Y Ángel León, que había visitado a Gallardo en su casa, le encontró escribiendo otro panfleto en el que atacaba de nuevo duramente a Gerardo Iglesias, además se lo enseñó orgulloso al veterano León. Este le reprendió advirtiéndole que Gerardo Iglesias había sido detenido nuevamente, contestándole Gallardo:

—*Entonces no lo tiro a la calle.*

Julio Gallardo fue expulsado del Partido, lo que no sospechaban los dirigentes es que antes ya había enviado una carta a Claudio Ramos, entonces Jefe Superior de Policía en Asturias. La carta dirigida a la comisaría iba escrita en clave, hablaba de un hijo del Régimen (Tini Areces), un leguleyo (Herrero Merediz), el matasanos (Daniel Palacio). Claudio Ramos la descifró rápidamente y luego la entregó a la Brigada Social. Ni uno solo de los policías logró descifrarla. Después de explicarles el significado, preguntó:

—*¿Quién creéis que me la mandó?*

Fuente respondió al instante:

—*Sólo pudo ser Julio Gallardo.*

Claudio Ramos supuso de quién era, ya que a pesar de ser anónima, se dio cuenta de quién era el que la había escrito, y decidió contestarle de la misma manera. Le envió una carta en la que le decía saber quién era, luego le dio las señas para quedar una noche en la carretera cerca de Lugo de Llanera. Allí se vieron en el coche de Claudio Ramos. Previamente el jefe de policía había dicho al policía armada chófer que se distanciara unos 100 metros. Cada vez que se reunía con Gallardo, Ramos le decía al chófer:

—*Aléjate unos metros que voy a ver a la querida*— cosa que hacía sonreír al chófer, pues sospechaba quién era la querida.

Las reuniones entre Claudio Ramos y Gallardo tuvieron lugar cada 15 días, naciendo entre ambos una verdadera amistad, que duraría hasta el fallecimiento del policía, ocurrido el 7 de agosto de 1997. Las reuniones continuarían, más a menudo, hasta llegar a producirse una vez a la semana. Con sus noticias, Claudio Ramos informó a Saenz, Jefe Superior de Policía en el País Vasco. Le dio la noticia de una pronta reunión del Partido Comunista en el sur de Francia, pero Saenz le dijo que ahora el Partido Comunista ya no era importante, que lo que interesaba en ese momento era ETA.

Gallardo dio la información sobre tres de los lugares donde se encontraban las multicopistas: las casas de Paulino en El Berrón, la de Gonzalo en Pinzales (sobre ésta, la Policía hacía tiempo que conocía su existencia) y la de Elviro, la casa donde se había escondido él en varias ocasiones. De estas tres casas también se enteró Fuente por medio de Claudio Ramos. Fuente guardó la información para sí, ya que Ramos en noviembre de ese año ascendería a Jefe Superior en el País Vasco, y le pidió a Fuente que no diese la información nada más que en caso necesario. Y antes de tomar posesión de su cargo, logró que Julio Gallardo entrara a trabajar en la compañía Iberia en Madrid, donde formó un sindicato permitido. Allí se sospecha que conoció a César Mortera, primo del comunista *Saborit*, y le comentó lo de las máquinas de propaganda en Asturias. César Mortera tenía muy buena relación con la brigada social de Madrid por su conocimiento de los sindicatos (él pertenecía al vertical), y lo hablaría con éstos. En el mes de octubre de 1975 agentes de la Brigada Social llegaron a Asturias dispuestos a desbaratar las tres máquinas multicopis-

tas. Venían además avisados de que uno de la Brigada sabía todo (se referían a Fuente). Castro, jefe de la brigada, llamó a Fuente y le preguntó sobre la máquina de Paulino y éste le advirtió que la máquina ya no estaba allí. Fuente ya sabía que se la habían llevado por el informador X, no obstante la policía madrileña con personal de la de Asturias fue a la casa de Paulino. Estuvieron a punto de registrar la casa de Elviro en La Felguera y la de Gonzalo en Pinzales, pero como habían fracasado en lo de la máquina en la casa de Paulino, no se atrevieron a hacer nuevos registros por miedo a nuevos fracasos.

En aquel año de 1974, año de la transformación de Gallardo, sucedió un grave atentado en Madrid, en la Cafetería Rolando, situada en la calle del Correo, donde paraban habitualmente funcionarios de policía. El atentado costó la muerte a 11 personas y en las detenciones se vio gravemente involucrada la joven María Luz Fernández, hija de Cesar Fernández. En el atentado se envolvió también a Lidia Falcón y a Genoveva Forest (tan cercana a ETA que fue la autora del libro *Operación Ogro*, en el que se narra el asesinato de Carrero Blanco).

Con María Luz Fernández, que entonces trabajaba en la Embajada de Cuba, fue detenida al completo su familia: su padre Cesar, su madre Encarna y su hermano Nel Amaro. Toda la familia tenía amistad con Genoveva Forest, pues ésta había parado en su casa de Mieres, cuando todavía pertenecían al Partido Comunista. Era la encargada de traer dinero para los despedidos de la mina. Y aunque Santiago Carrillo dio órdenes de que se borrara hasta el más pequeño rastro de que el Partido tuviera nada que ver en el atentado de la calle Correo, pues en efecto el Partido no había tenido nada que ver, María Luz y Genoveva, que fueron acusadas de colaborar, sí que habían pertenecido en su día al Partido.

El atentado se atribuyó a ETA y a Lidia Falcón, Genoveva Forest y M^a Luz Fernández acusadas de ser colaboradoras. Cesar Fernández, su esposa Encarna y su hijo Amaro, después de varios meses de interrogatorios, fueron puestos en libertad sin cargos. No así M^a Luz, y no era para menos, pues en los interrogatorios, según escribió Lidia Falcón en su libro *Viernes Trece*, el hermano de M^a Luz, Amador Fernández, acusó a su propia hermana. He aquí algunas de las cosas que Lidia Falcón dice a propósito de Nel Amaro:

«Amaro Fernández fue trasladado a Yeserías con el habitual acompañamiento espectacular de furgones repletos de soldados con metralletas. Arribó a la prisión entre sirenas de policía, miradas intranquilas de los transeúntes y revuelo de funcionarios y presos. Permaneció doce horas frente a su hermana, repitiendo, como el malvado demente que era, que sí, que era cierto, que ella, M^a Luz, había fabricado la bomba y la había colocado al mediodía del viernes trece de septiembre en la Cafetería Rolando. Y lo repitió todo el día. Cuando entró la noche, sin que su hermana, ni con ruegos, ni con razonamientos consiguiera que se retractase, el juzgado se lo llevó, satisfecho de haber podido demostrar que la idea de mantener a M^a Luz incomunicada y aislada no era injustificada.

Por la tarde los funcionarios nos lo confirmaron. Amaro se ratificaba una y otra vez en acusar a su hermana de la autoría del atentado. Me corrió una ráfaga de indignación por la columna vertebral; era preciso acabar de una vez con la insania de aquel demente. El más demente, el más malo, el más impune de todos los locos dementes, y malos de nuestro sumario, y eso que yo ya contaba una docena de ellos.»

Pero Lidia Falcón también se llevó una gran sorpresa cuando se enteró de que Amaro, a la primera que delató fue a ella misma, de la que dijo que había puesto la bomba que previamente había fabricado en Barcelona. Con estas declaraciones no es de extrañar que M^a Luz fuera una de las presas políticas a las que más tarde llegó la amnistía, a pesar de que incluso hubo manifestaciones por su libertad.

En noviembre de 1974 Claudio Ramos Tejedor era nombrado Jefe Superior del País Vasco, y el grupo ETA iba a tener enfrente al mejor profesional de la Policía española en temas de subversión. Tomó posesión de su cargo en presencia del Gobernador Civil de Bilbao, Ignacio García López, que ya conocía al policía de su época como Gobernador en Asturias. Antes de marchar pudo comprobar que uno de sus policías (el más joven) era un buen discípulo, pues tenía ya como confidente a un joven que trabajaba en una tienda de repuestos de automovil, al que tenían fichado desde 1969 cuando la caída de los jóvenes de San Esteban. Le pagaba 1.000 pesetas al mes, y es justo reconocer que no las cogía con agrado, que contaba las cosas de mala gana. Pero aportó buenas informaciones de las Juventudes Comunistas. Esta

jóven ya había informado en otras ocasiones a Fuente, tras la caída de los estudiantes en el 69.

La noche anterior a su marcha para el País Vasco llegó una hija de Claudio Ramos, estudiante de Derecho, con un notable disgusto. Los compañeros de clase la silbaban y abucheaban. Todo era debido a que un grupo de profesores, por esas tensiones que hay en la Universidad, querían boicotear al catedrático de Derecho Civil, Iglesias Cubría. El boicot llegó al extremo de no entrar en clase ninguno de los alumnos excepto la hija de Claudio Ramos. Uno de los incitadores era el hijo del famoso cabo Blanco, de Mieres, Ludivina y Escandón. A partir de entonces empezaron a agredir verbal y casi físicamente a la hija de Claudio Ramos, a la que también amenazaron telefónicamente. Le tiraban maíz, y quien más agresivo estaba con ella era el hijo del cabo Blanco. Cuando le contó esto a su padre, inmediatamente Claudio Ramos llamó al cabo por teléfono y le dijo lo que sucedía, y que si por casualidad a su hija le pasaba algo le hacía responsable a él. No hizo falta porque a partir de aquel día (qué casualidad) cesaron las intimidaciones y el boicot a la joven.

Claudio Ramos ya conocía de su estancia en San Sebastián la problemática de ETA. Había sido él quien logró infiltrar al primer hombre importante, *Coco Liso*, y había conocido también al obispo de San Sebastián al poco de tomar éste posesión de su cargo. Cinco simpatizantes de ETA habían hecho un encierro en la Catedral, llevaban allí unos días y el gobernador le comunicó al policía lo que sucedía:

—¿*Quiere que le resuelva el problema?*

—*Sí*— respondió el Gobernador.

Y Claudio Ramos se presentó por la noche con la policía armada, entró en la Catedral y preguntó al primero de los encerrados:

—¿*Usted sale por las buenas, o por las malas?*

Respondiendo el encerrado:

—*Yo por las buenas no salgo.*

Entonces Claudio Ramos ordenó a una pareja de la Policía Armada que lo sacaran. Así hizo con todos. Claudio Ramos lo hizo ya en la noche para que no hubiese alteración de Orden Público.

Al día siguiente se presentó Setién en la comisaría. Venía a preguntar por los detenidos y quería una entrevista con cada

uno de ellos. Se le plantó Claudio Ramos, que le dijo con buenos modos que eso no podía consentirlo bajo ningún concepto, que lo sentía mucho pero que la ley estaba así. Setién respondió también con mucho respeto y se marchó. Antes de salir de la comisaría, Claudio Ramos le dijo:

—*Ya se puede ir a la prensa a decir que no le dejé ver a los detenidos, pero yo también puedo decir a los periodistas que estuvieron varios días encerrados en la Catedral y usted tampoco pasó a visitarlos.*

Setién, por si acaso, no acudió a la prensa. Con Setién acudió otro sacerdote entrado en años, que por detrás del Obispo asentía a las palabras de Claudio Ramos con la cabeza. Este sacerdote volvió al día siguiente por la comisaría para felicitar a Claudio Ramos, y para darle una copia de las llaves de la Catedral por si alguno más se encerraba. Setién llevó de esta forma, y cuando todavía era novato en este tipo de cosas, su primer y único revés hasta nuestros días.

Desde noviembre de 1974 hasta abril de 1976, Claudio Ramos pondría contra las cuerdas al grupo ETA. El dirigió las infiltraciones de Mikel Legarza *El Lobo*, como ya en 1972 había infiltrado a *Coco Liso*. Ahora como Jefe Superior le llegó el aviso de una denuncia del teniente alcalde de Basauri, Fernando Mulas. Este denunció que le habían quemado el coche. Fueron detenidos varios jóvenes y uno de ellos, según comentó un policía, parecía querer colaborar ya que había tenido contactos con Saenz. Claudio Ramos ordenó romper los expedientes de los jóvenes incendiarios y el que luego fue llamado *El Lobo* empezó a colaborar sin conocer físicamente a Ramos. Y cómo no, se empezaron a desactivar comandos. Fueron tales las detenciones del año 1975, que ETA llegó a escribir una nota interior en la que decía que nunca se había visto tan acorralada y a punto de desaparecer.

Desde San Sebastián le llamó un día el comisario Ballesteros, que dirigía esa comisaría, y le dijo que tenía allí a cierto personaje de cierta importancia y no sabía qué hacer. Se trataba del que después sería importante miembro de Herri Batasuna, Iñaki Esnaola. Se desplazó Claudio Ramos a San Sebastián y le explicó cómo tenía que hacerle Ballesteros el interrogatorio. En presencia de Claudio Ramos, Ballesteros puso en práctica las explicaciones que le había dado su maestro (Ballesteros, cuando pasó a la reserva transitoria, diría que su maestro había sido Claudio Ramos,

ya que estuvo a sus órdenes en Oviedo y en San Sebastián). Y Esnaola *cantó*. Para colmo firmó la declaración, con lo que quedaba a merced de la Policía, que podía usar la declaración en su contra, con lo que Iñaki Esnaola (aunque forzado) colaboró en buena medida y en varias ocasiones con el que luego fue famoso «comisario Ballesteros». Entre inspectores y policías de San Sebastián era la comidilla el que Esnaola era «confidente». Ahora se ha publicado que en 1987 Esnaola ya trabajó para la policía. En realidad lo hizo desde 1975, eso sí, jugando en muchas ocasiones a dos barajas. También era comidilla entre comisarías y cuarteles de Policía de toda España que uno había estado en la Brigada Social. Estaba poniendo en peligro a ETA.

Allí le tocó a Claudio Ramos conocer a gente de todo tipo. En una ocasión y tras un tiroteo detuvieron al activista Múgica Larrea. Este resultó herido y tuvo que ser hospitalizado bajo vigilancia policial. La madre del herido pidió permiso para visitar a su hijo. Los policías en principio se negaron, pero fueron a comentarlo al Jefe Ramos. Este les contestó que a la madre le daba permiso para que le viera en la habitación del hospital. Llegó la madre y ante la presencia de la Policía Armada exclamó:

—*Muy bien todo, hijo, eres un héroe, pero tenías que haberlos matado a todos.*

Otra anécdota fue con el Obispo Añoveros, con el que llegó a tener un buen trato. En su día se presentó en comisaría para ver si podía hacer una visita a un sacerdote que se encontraba detenido en los calabozos. Accedió Ramos que además le dejó su propio despacho para que pudieran celebrar allí la entrevista los dos religiosos. Ramos le preguntó al policía armada qué le dijo el sacerdote cuando le fue a sacar del calabozo para la entrevista. El policía le había dicho al sacerdote que le sacaba para ver a su Jefe (se refería al Obispo), a lo que contestó el detenido:

—*Ese jefe es un hijo de puta.*

Cuando salió Añoveros de la reunión Claudio Ramos le contó lo que pensaba el detenido del Obispo y la expresión que le había dicho al Policía Armada. Añoveros le contestó a Ramos:

—*Hay que perdonar, hay que perdonar.*

En su trato con Añoveros, Claudio Ramos vio a una persona totalmente diferente a Setién. Añoveros le parecía una persona bondadosa y noble, mientras Setién le dió la impresión de ser un hombre sibilino.

En noviembre de 1975 se hizo recuento del año que llevaba Claudio Ramos como jefe superior en el País Vasco: 290 etarras detenidos, 150 de grupos subversivos, 1.000 kg. de explosivos, 700 m. de mecha, 400 detonadores, 8 metralletas, 26 pistolas, 33 escopetas. También fueron detenidos 1.500 delincuentes comunes, un récord todavía no igualado. Todavía estaría otros 3 meses activo en el País Vasco, manteniendo el mismo nivel de detenciones.

Todas las noches Claudio Ramos llamaba a su amigo y compañero Fuente, y le contaba lo fácil que eran aquellos etarras. Cuando caía uno «cantaba como un loco». Acostumbrado a la disciplina y dureza de los comunistas asturianos, aquello parecía coser y cantar.

Por primera vez pagó un millón de pesetas a un confidente, en este caso de ETA (el autor, aunque intentó por todos los medios obtener el nombre, no pudo lograrlo). El Gobierno quiso meter a un general como máximo mandatario de la lucha contra ETA, quizá para que los éxitos se los llevara el ejército. Claudio Ramos dirigió una carta a la Dirección General de Seguridad, el 14 de noviembre de 1975, en la que pedía la dimisión y terminaba diciendo: «Se ha desarticulado toda la infraestructura de ETA, de los comandos legales y se produjo la dispersión de los ilegales, la captura en algunos casos y en todos según versión de la propia organización. La operativa policial ha supuesto la mayor desmoralización de su historia, una profunda psicosis de persecución, de infiltraciones, de inseguridad, dentro y fuera del País Vasco, que les hace remitir en su actividad y recelar de todo y de todos.» El Gobierno no admitió el cese y tampoco envió a ningún general ni a nadie por encima de él.

A primeros de 1976 Manuel Fraga, a la sazón Ministro de la Gobernación, llamó al Gobernador Civil de Bilbao, Ignacio García López, y le pidió que fuera a visitarlo a Madrid; añadió que le acompañase «ese comisario tan bueno que tenéis ahí». El Gobernador y el Jefe de Policía se desplazaron a Madrid. A las nueve de la mañana habían quedado en el despacho del Ministro. Este les recibió y después comenzó a hablar haciéndolo hasta las dos de la tarde, yendo después los tres a comer, siguiendo el Ministro con su disertación. Otra vez al despacho hasta las nueve de la noche. Entonces ya Claudio Ramos le hizo un par de preguntas, una de ellas era a propósito de la guerra sucia que estaba hacien-

do un teniente de la guardia civil con miembros de la ultraderecha y que además de las correspondientes palizas ya se habían «cargado» a un hombre. Claudio Ramos sospechaba que el permiso le llegaba de Madrid. Fraga fue tajante:

—*Eso, acabe con ello inmediatamente.*

Estando también de Jefe Superior en el País Vasco, dos de los policías que tuvo en la Brigada de Oviedo detuvieron a un comando entero de ETA. Los dos inspectores eran hijos de guardias civiles y habían cumplido el Servicio Militar en la Benemérita, con la experiencia y el espíritu que contagia la Guardia Civil. Hicieron un espectacular servicio que acabó con la detención de un comando de cinco miembros. Fueron condecorados con la medalla roja al mérito policial.

Los trágicos sucesos de Vitoria, con la muerte de cinco obreros de la empresa de aceros especiales *Forjas Alavesas*, coincidió con Claudio Ramos hospitalizado como consecuencia de un accidente, se rumoreó que un atentado. Lo cierto es que viajando una noche acompañado de su esposa y el chófer, otro vehículo a gran velocidad les dio un golpe, por lo que el coche en que viajaba el policía cayó a la cuneta, causando heridas de cierta gravedad a Claudio Ramos. Los rumores sobre si era un atentado se corrieron como reguero de pólvora. Algunos aseguran que fue el etarra apodado *Fitipaldi* y que no remató a los accidentados por miedo a que viniera coche de escolta. Si es así, no sabía que Claudio Ramos nunca llevaba escolta porque seguía en sus trece en que los secretos, para que lo sigan siendo, tienen que ser cosa de dos.

En los sucesos de Vitoria Claudio Ramos había advertido desde la cama del hospital que si no cortaban las cosas con rapidez les iba a costar un muerto. Al hospital telefónicamente le avisó Germán Abad, Comisario Jefe de Vitoria, que se había cumplido su predicción. Pero en vez de un muerto habían sido cinco. Uno de los hombres claves en la revuelta fue el sacerdote asturiano, natural de Tudela Veguín, Fernández Naves, perteneciente según informes de la Policía a la ORT.

Le visitó en el hospital el Director General y le dio el aviso de su próximo ascenso a Inspector General de Personal y Servicios en Madrid. También le visitó el obispo García Añoveros, en un gesto valeroso por parte del clérigo.

Volvía Claudio Ramos a Asturias a recuperarse de las heridas del accidente y aquí le vieron andar con muletas hasta su recupe-

ración (comentaban algunos, no sin cierta satisfacción, que había sido un atentado de ETA). Los dos primeros días que estuvo en su casa, Agustín montó guardia en el portal de su casa día y noche, porque se había empeñado en que había sido un atentado y podrían volver.

Fue el final de la carrera policial de Claudio Ramos en el País Vasco. En diversas entrevistas en las que también participaban los policías Saenz y Conesa y diversos políticos, él siempre fue el único que defendía que el problema de ETA era simplemente policial.

Trasladado a Madrid, allí estuvo a las órdenes de Martín Villa, del que Ramos se llevó la decepción de su vida. Al policía no le pareció inteligente el Ministro (que sin embargo se las daba de tal), y fue la única persona política que le causó daño a Ramos, sin saber éste las razones, aunque lo más probable es por el miedo tan atroz al que dirían los de PSOE sobre un policía de la Brigada Político Social. Martín Villa le pidió que dirigiera la Jefatura Superior de Canarias. Claudio Ramos dijo que allí por orden, pero no voluntariamente, pues era bajarle de categoría profesional. El ministro que estaba muy feliz con el comisario Conesa, llevó la orden y Ramos fue trasladado a Canarias.

En Canarias supo del MPAIAC (Movimiento para la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario) y de la poca importancia que esta organización tenía. Varias veces habló telefónicamente con Cubillo, que estaba exiliado en Argelia, y sospechó que algunos de los explosivos colocados, y uno de ellos situado en la calle Obispo Rey el día 23 de febrero de 1978, causó la herida y posterior fallecimiento del policía nacional Rafael Valdenabros Sotelo, habían sido preparado desde Interior.

El 4 de abril de 1978, unos días antes del atentado que dejó en silla de ruedas a Cubillo, Ramos sospechosamente fue destituido, ante la sorpresa de todos. Hasta la prensa, poco conocedora de asuntos policiales, reprochó aquella destitución, ya que los periodistas canarios habían visto en Ramos a un gran profesional y excelente persona.

Aquel GAL de Martín Villa fue tan chapucero como el de Barrionuevo, y dejó al Gobierno y al Ministerio del Interior en paños menores. Algunos funcionarios oyeron al nuevo Jefe Superior decir que venía a una misión muy concreta. Ya se vio después la misión (para la cual no tenían confianza en Claudio Ramos).

De nuevo en Madrid Santiago Carrillo reprochó en el Congreso de los Diputados al Gobierno, que tuvieran en la cima de la policía a un hombre como Claudio Ramos, que había pertenecido a la Policía Social. Acobardado Martín Villa, y queriendo demostrar que era más demócrata (y quizá más tonto) que ninguno, tras estar una temporada en una situación parecida a la de disponible forzoso, destinó a Ramos a Jefe de Seguridad del Metro.

Cuando estuvo en la situación de disponible, y se celebraba el patrón de la Policía, el comisario Emilio Sánchez, le dijo a su anciano padre a la vez que le presentaba a Claudio Ramos:

—*Mira, te presento al mejor policía de España.*

Contestando Ramos:

—*Fíjese si soy bueno, que yo sólo mantuve la dictadura de Franco durante 40 años.*

Se refería Ramos a que solamente él fue el único policía destituido y postergado por la democracia.

La inquina de Martín Villa hacia Ramos llegó a tal punto que cesó a Gonzalo Cerrillo Maroto como director de la revista de la Policía, por hablar de la calidad policial de Claudio Ramos.

Es curioso que Santiago Carrillo mencionase solamente de entre los policías a Ramos. Sin duda había sido el garbanzo negro que más había dañado al Partido, y sobre todo en Asturias, lugar donde tenían puesta los exiliados sus miras.

La decisión de Martín Villa, lejos de perjudicar a Claudio Ramos, le benefició en lo personal. El posterior ministro de interior, Juan José Rosón, le pidió diversos informes, entre ellos uno del MCA, que Claudio Ramos, a través del confidente Alfredo Fuencueva, entregaría al ministro. Por estos informes recibió Claudio Ramos cantidad de dinero impensable para él. Los dirigentes del Metro pidieron a Ramos que pasara a la situación de retiro y siguiese como Jefe de la Seguridad de la empresa. Así lo hizo el policía, que estuvo en ese puesto hasta la llegada del PSOE a la alcaldía de Madrid, organizando Ramos su propia agencia de seguridad.

Claudio Ramos pidió el retiro y los dirigentes de la sociedad le hicieron un contrato privado. Cuando los socialistas llegaron al poder, le cambiaron por un sindicalista de la U.G.T, sin ningún tipo de experiencia, pero que doblaba en sueldo al del policía. Empezaba a funcionar la politización para todo tipo de profesionales.

Desde la marcha de Asturias de Claudio Ramos y con la llegada de la democracia, Asturias se vio afectada por atenta-

dos y atracos del grupo ETA y GRAPO. Expertos en esta lucha comentaron al autor que con Ramos aquí, eso hubiera sido impensable, puesto que tendría infiltrados entre los simpatizantes que hay en Asturias de esos grupos, y al menor movimiento estarían controlados.

Cuando ya no estaba Ramos en Asturias fue detenido Vicente Gutiérrez Solís de una forma espectacular en el centro de Sama. Como era habitual Solís, si veía a su hijo en la calle cerca de casa, sabía que estaba esperándole la policía, por lo que aceleró su coche Renault 4L. El coche policial salió detrás. Se saltaron direcciones prohibidas en la persecución. Solís estuvo a punto de tirar por el Carbayu, pero pensó que si le cogían por esa zona podrían aplicarle la ley de fugas, ante la ausencia de testigos. Al final se vio atrapado y salió del coche con la pistola de un policía puesta en su sien. Un vecino recriminó al policía su comportamiento y éste le amenazó con detenerle a él también. Le pusieron las esposas muy apretadas a Solís, que se quejó y pidió que se las aflojaran. El policía le contestó que ya se las aflojarían en Oviedo, y es que estaban enfadados con Solís porque antes de escapar con el coche los policías casi salieron arrollados cuando estaban a punto de abrirle las puertas. Tenía Solís pendiente una multa de 50.000 pesetas, y la policía solía dejar pasar el tiempo y así con la disculpa de la multa podían detener sin orden judicial en cuanto les apeteecía.



Fotografía de Vicente Gutierrez Solís tras su detención en 1975.